

El hombre que curaba a los caballos

E. V. lo dejaba siempre muy claro: él no susurraba a los caballos ni por asomo, los curaba. Su trabajo era educar caballos desobedientes, y cuando lo hacía, quedaban corregidos para siempre. Eso era todo lo que prometía. Nosotros teníamos uno que había que reeducar urgentemente: tenía cinco años y mi padre lo había adquirido, de entre los saldos de la feria itinerante en las afueras de Sonoma, por unos 1.200 dólares. Era hermoso, con unas ancas y unas patas poderosas, pero su cerebro era del tamaño de un garbanzo. La costumbre más intolerable que tenía era levantarse sobre las patas delanteras cuando estaba atado a algo firme. Llamamos a E. V. el día que el caballo derribó parte del pilar que aguanta nuestro establo y se lo tiró encima. E. V. se presentó en nuestra casa con una semana de retraso y su habitual aspecto andrajoso: su camioneta Chevrolet del 54 de media tonelada, con matrícula de Arizona, y un remolque individual para caballos, con los neumáticos

gastados y un toldo de lona ondeando. Siempre apar-
caba la camioneta en la parte llana y subía andando la em-
pinada cuesta de gravilla hasta la casa porque no tenía
retrovisores y le resultaba imposible hacer una manio-
bra tan cerrada. No venía mucho por casa porque mi
padre era capaz de ocuparse de la mayoría de los “cabe-
zas de chorlito”, pero cuando lo hacía yo siempre me
alegraba.

E. V. era un hombre pequeño y ágil, de unos cincuen-
ta años largos, que cojeaba exageradamente porque se ha-
bía aplastado la rótula en un accidente cuando tenía más
o menos mi edad, unos catorce años. Subió la colina
con continuas sacudidas, el sombrero de fieltro gris apun-
tando directamente al suelo, pues sus andares le hacían
inclinarse la cabeza. Llevaba una vieja cámara de neumá-
tico remendada colgando de un hombro, y una cuerda
gruesa de algodón blanco como la nieve en la mano iz-
quierda con el cabo libre atado a su cinturón de crin de
caballo. Siempre pensé que para mantener aquella cuer-
da tan blanca debía de lavarla regularmente con lejía.
Era lo más limpio que llevaba encima. Cuando llegó
arriba no resoplaba ni se ahogaba por falta de aire, co-
mo hubiera sido lo normal en un hombre de su edad;
llegó como caído del cielo.

—¿Qué, Mason, ya lo has mandado al matadero?

Sonrió a mi padre y, por un momento, pude ver sus
pocos dientes marrones y desiguales, y los pequeños dia-
mantes brillantes que tenía por ojos, que resaltaban tras
sus párpados caídos y hundidos; eran como los ojos de
un indio pero en azul cielo.

—Si llego a esperarte una semana más le habría corta-

do el cuello yo mismo —dijo mi padre, y en su voz no
había ni asomo de broma.

—Perdona, Mason, pero es que tenía un par de reca-
dos que hacer en Oakdale.

—Recados y una mierda. Estabas follando por ahí co-
mo un loco, y punto.

E. V. soltó un chillido agudo y fuerte, de puro rego-
cijo animal, y mi padre y yo tuvimos que rendirnos al
ataque de risa que nos dio, aunque mi padre lo inte-
rrumpió antes de lo que a mí me pareció natural. An-
duvimos hasta el corral circular, detrás del destartado
establo donde teníamos encerrado al caballo castrado,
y cuando E. V. vio las vigas astilladas que el caballo ha-
bía destrozado con su arrebato se puso a reír otra vez.

—Supongo que esta joya te costó más que estos listo-
nes de madera, Mason.

Esta vez mi padre no se rió. Su voz le salió con un de-
je antipático.

—Cuando hayas acabado con él no valdrá ni un mal-
dito centavo, de todas formas.

E. V. me guiñó un ojo sin que mi padre lo notara, y
con ese guiño comprendí que quizás había hombres adul-
tos en este mundo que todavía lograban arrancarle una
chispa a la vida y que esquivaban de alguna manera el
agujero negro en el que había caído mi padre. Cuando
llegamos al corral, E. V. dejó resbalar la cámara de neu-
mático de su hombro al suelo polvoriento, apoyó una bo-
ta en un travesaño y se asomó para observar al caballo
problemático.

—Testarudo, ¿verdad?

—Testarudo de cojones —gruñó mi padre.

E. V. se quedó allí encorvado durante un rato largo, estudiando al caballo castrado que trotaba nervioso en pequeños círculos, resoplando, con la cola alta y las orejas negras apuntando hacia nosotros.

—No es tan estúpido como parece — E. V. sonrió, con los ojos clavados en los movimientos del caballo—. Sabe que le tenemos algo preparado. Mira, chico... —Se volvió y cuando sus ojos claros se posaron en mí fue como si una mano cálida me hubiera acariciado el pecho. Me sorprendí de lo mucho que anhelaba aquella bondad que él irradiaba—. Coge esa cámara de neumático y ácala alrededor de aquella rama grande y nudosa de ese plátano de ahí. ¿La ves?

Señaló una de las ramas del enorme árbol que siempre me había recordado a la carne humana. Era de color blanco hueso y musculoso, con tiras de corteza roja que se arremolinaban dentro de las arrugas del tronco como si fueran arterias. Por alguna razón, aquel árbol siempre me había asustado, especialmente cuando era pequeño y volvía a casa en la oscuridad por las colinas llenas de maleza. Su blancura parecía salirme al paso, y la rama que había señalado E. V. era precisamente la parte que más miedo me daba. Más de una vez había dado un amplio rodeo con mi vieja yegua parda para asegurarme de que la rama no salía disparada y me hacía caer de la silla. Pero entonces era mucho más pequeño, y con el tiempo aprendí a no obsesionarme con ella.

—Ata un cabo así para que quede bien asegurado. —E. V. me hizo una demostración sobre su brazo extendido y luego me lanzó la cámara de neumático.

—Más vale que me dejes a mí —murmuró mi padre

agachándose para coger la cámara, pero E. V. lo detuvo en seco.

—No, deja que lo haga el chico, Mason. Te necesitaré aquí para mantener la puerta abierta. Ya se espabilará. Atala fuerte y muy arriba, hijo. Tiene que quedar por encima de su cabeza.

Me fui corriendo con la cámara en la mano, antes de que mi padre tuviera tiempo de pensárselo dos veces. Tenía la sensación de que E. V. se había inventado lo de necesitar a mi padre para mantener la puerta abierta. Yo le había visto hacer cruzar a los caballos muchas puertas sin que nadie le ayudara.

Tuve que subirme a ese árbol horrible para poder colgar la cámara de neumático a la altura que quería E. V., y cuando hube acabado de pasarla y atarla vi que E. V. ya tenía el caballo cogido con su cuerda blanca. Mi padre estaba de pie, sin hacer nada, al lado de la puerta. Desde allí arriba tenía una clara visión de todo, y el aire olía a suciedad fresca y a eucalipto. Se veían claramente las colinas ondeantes y marronáceas en las que los toros jóvenes levantaban el polvo al avanzar en fila hacia el abrevadero. Cuando E. V. cruzaba la puerta del corral, el potro explotó, resoplando y coceando como un demonio. E. V. soltó la misma risotada aguda y chillona de antes, se puso en cuclillas y tiró con fuerza de la cuerda para obligar al potro a bajar la cabeza. El siguiente movimiento fue tan rápido que casi no pude seguirlo. Era como si estuviera bailando la giga y cantando a la vez. Lanzó la enorme cuerda por encima de la grupa del caballo para que se deslizara por el jarrete exterior y entonces tiró de ella con fuerza, y levantó una pata trasera del caballo.

El potro perdió el equilibrio y cayó de lado, haciendo tal estruendo que el árbol se tambaleó. En ese momento, E. V. empezó a gritar con verdadero placer mientras el caballo volvía a levantarse y se sacudía de arriba abajo, como si se le hubiera desplomado el cielo encima.

—¿Has visto eso?—gritó E. V. en medio de sus convulsiones—. ¡Eso sí que no se lo esperaba!

Mi padre se estaba sacudiendo el polvo del trasero del pantalón, intentando actuar como si todo aquello fuera pura rutina, pero yo vi la lividez del miedo todavía dibujada en su cara. Incluso desde tan arriba podía verla. Entonces E. V. hizo algo curioso. Fue directo hacia la cabeza del caballo y le sopló suavemente dentro de cada fosa nasal mientras le frotaba suavemente debajo del cuello, justo entre las mandíbulas en forma de platillo. El caballo pareció a punto de dormirse durante breves segundos, parpadeando y dejando caer su cabeza suavemente.

—Ahora se siente un poco estúpido. Cree que a lo mejor ha tropezado él solo, ¿ves? A partir de ahora se lo pensará dos veces antes de dar coces contra una puerta. —E. V. se rió y pasó la mano por el espaldar del caballo.

Mi padre me vio, todavía subido a lo alto de la rama del árbol, y me gritó con esa voz que pone cuando quiere que todo el mundo sepa que es él quien está al mando.

—¡Bájate de ahí ahora mismo! No queremos que ese caballo se vuelva a escapar.

—Necesitaré que me ate la cuerda, Mason. A no ser que quieras ayudarme tú y dejes que me suba a tus hombros.

E. V. se rió otra vez mientras mi padre apretaba los dientes y me clavaba la mirada. Creo que estaba celoso de que yo fuera el centro de atención. Incluso a esa distancia del suelo notaba lo desplazado que se sentía. E. V. dirigió el caballo hacia el plátano y me lanzó el cabo libre de la cuerda. Cogí el extremo deshilachado a la primera.

—Pásala por la cámara y haz un doble nudo —me gritó—. Hazlo lentamente y con cuidado, no vaya a ser que se altere.

Seguí sus instrucciones, y mientras estaba haciendo el segundo nudo vi que el potro se estaba preparando para una verdadera pelea. Los músculos a lo largo de su columna vertebral se tensaron como una serpiente de cascabel y aparecieron manchas de sudor en su cuello inclinado. El olor del miedo era tan fuerte como el de una rata muerta en un granero. Era un miedo a dos bandas: animal y humano. Vi cómo el globo ocular del caballo giraba y me descubría colgando encima de él. Lo veía todo del revés, desde su perspectiva, y de repente me di cuenta de que yo estaría a horcajadas sobre la rama nudosa mientras él desataba su furia e intentaba tirar todo el maldito árbol abajo, encima de sí mismo.

—Ahora agárrate fuerte a la rama, hijo, porque este cabrón está a punto de explotar.

Al oír la voz de E. V. me dio un escalofrío y me agarré a la rama con brazos y piernas, como un mono. El potro dio una sacudida fuerte y rápida, moviendo la cabeza como un león, pero la cámara de neumático le devolvió a su punto de partida de un golpe seco. La rama se movió un poco, golpeándome con manojos de hojas

marrones en la cabeza. Soplé polvo del plátano de mi nariz y observé cómo las partículas reflejaban la luz del sol al flotar hacia abajo, hacia las diabólicas orejas del caballo.

—¡Aguanta, hijo! —me gritó E. V.—. ¡Lo estás haciendo muy bien!

Su voz me alcanzó en medio de ese limbo en el que sabes que no hay nada en la tierra que pueda ayudarte; nada te puede salvar, estás agarrado por los cojones. La cara de mi padre estaba blanca como la nieve, pero aún ahora no he descubierto si tenía miedo por mí o por la violencia general del momento. El potro resopló y coceó suciedad, intentando comprender el efecto elástico que tenía la cámara de neumático. Yo estaba seguro de que había oído salir de él un profundo bramido, más parecido al sonido de un toro cuando está acorralado y se le ha subido la sangre a la cabeza. Entonces vi que se concentraba. Un impulso suicida le recorrió la espina dorsal mientras se estiraba y apoyaba los seiscientos kilos de puro músculo contra la cuerda blanca y reluciente. Fue una acción larga, lenta y suspendida, mientras la cámara se tensaba como un tofé y pasaba de negro a azul grisáceo. Pequeños trozos de plástico empezaron a salir disparados por la extrema tensión, y yo los observaba volar hacia el calor del día como si estuviera sentado muy lejos de cualquier peligro, como si estuviera observando mosquitos zumbando sobre el agua desde la ribera de un río. La rama empezó a inclinarse y a crujir debajo de mí y el mundo entero se detuvo durante un largo segundo. Cuando pasó, todo fue lento y desgana- do. Los latidos de mi corazón adquirieron un ritmo de

vals mientras la rama se levantaba formando un arco largo, y vi los cuatro cascos del potro despegarse del suelo y el pánico en sus ojos abiertos cuando se dio cuenta de que estaba volando. Su cara plana y resplandeciente chocó contra el tronco del plátano de granito y sonó como si alguien hubiera dejado caer media res sobre el frío pavimento. La rama siguió balanceándose durante un rato conmigo sin que yo dejara de estrangularla y de observar los despojos arrugados del caballo, tumbado e inmóvil debajo de mí, la sangre saliéndole de ambas fosas nasales. Su gruesa lengua rosada colgaba como una trucha muerta y la voz asustada de mi padre se abría camino como procedente de otro planeta.

—¡Has matado al hijo de puta! ¡Maldito seas, E. V. , has cogido y te lo has cargado!

E. V. ya estaba sentado a horcajadas encima del cuello del caballo e iba soltando cuerda. Le abrió los párpados y le escupió en los ojos, entonces volvió a soplar, más fuerte, dentro de cada oreja. El caballo movió ligeramente la cabeza y E. V. se alejó de un salto, riéndose como un niño mientras enrollaba la poderosa cuerda.

Hice lo que me indicaba E. V. y observé cómo mi padre se acercaba tambaleándose hacia su caballo vencido y lo examinaba, buscando alguna señal de vida.

—Mira toda esta sangre. Mírala. Este caballo está muerto. Quería convertirlo en un buen caballo de monta, y ahora, míralo. No me sirve ni como comida para perros.

—Estará de pie en dos minutos —se burló E. V.—. Te ga-ran-ti-zo que a partir de hoy podrás atarlo hasta con un cordón de zapato y no te dará problemas.

—Pues no voy a pagarte nada por ese tipo de trato. No te contraté para que mataras al pobre desgraciado. Eso ya lo podría haber hecho solo.

Mi padre se volvió y echó a andar a grandes zancadas hacia la casa, dejándome colgado encima del árbol, mirando el sombrero de E. V., manchado de sudor, y al caballo tumbado, que respiraba en largos y silbantes gorgoteos. E. V. siguió enrollando la cuerda en grandes lazadas y hablando sin dirigirse a nadie en particular.

—Los caballos son como los seres humanos. Tienen que conocer sus límites. Una vez los descubren son felices sencillamente pastando en el campo.

El caballo se puso en pie como si estuviera siguiendo una indicación y se sacudió otra vez, salpicando con largos hilos de sangre la cuerda de E. V. Este sonrió y mantuvo la cuerda lejos de su pecho.

—Tenía que lavarla, de todas formas.

Se acercó suavemente hacia el cuello del caballo con esa peculiar dificultad de su andar, lo cogió por la crin y lo condujo otra vez al corral circular. El potro se dejaba llevar, manso como una vieja yegua de cría. E. V. paró cerca del abrevadero y limpió el morro del caballo, después le frotó gentilmente los ojos con agua fría y le hizo dar vueltas por el corral. Lo observó durante un rato como lo había hecho antes, con el pie en un travesaño y haciendo girar el cabo de su cuerda de algodón. Todo estaba en silencio. La luz se apagó en la habitación de mi padre. El viento cambió de dirección e hizo sonar las paredes de hojalata del lado bueno del granero.

Mucho después de que E. V. se hubiera ido y yo hubiera oído el ruido de su Chevrolet perderse en la nie-

bla que se filtraba a través del valle, yo seguía en el árbol. Me quedé allí y estuve observando cómo caía la noche, y cómo los búhos volaban hasta los altos eucaliptos para poder controlar todo lo que se moviera con rapidez por el jardín. Me estiré para coger el nudo abierto de la cámara que E. V. había dejado. Me sujeté de la goma negra con las dos manos y me deslicé con cuidado del suave músculo de la rama, balanceándome en el espacio, los brazos encima de mi cabeza, girando lentamente en el aire frío de la noche. Todo el rancho dio vueltas debajo de mí. Eché la cabeza hacia atrás y mi boca se abrió hacia el cielo negro. La salpicadura gigante de la Vía Láctea fue seguramente lo que provocó que se me escapara una carcajada aguda y fuerte, como si alguien hubiera tirado de una cuerda en mi espina dorsal. Hasta mi piel estaba riendo. Oí a mi padre salir al porche y gritar mi nombre, pero yo no respondí. Me quedé allí colgado, girando en silencio. En aquel preciso instante supe de dónde venía y lo lejos que iría.